

corazon en amargas lágrimas, y brotaron de su garganta algunos suspiros, mientras que Jesucristo tornaba á mirarle blandamente, y compadecido de su debilidad, parecia decirle con aquella mirada :

— Pedro, amigo mio; mucho mal me has hecho, mas yo te perdono... Abandona esta casa y vé á llorar tu pecado.

Simon Pedro, obediente á las inspiraciones de la gracia, y hecho un mar de lágrimas, salió de aquel palacio, donde se habia tramado el crimen mas espantoso que los siglos han presenciado, y que las edades pueden presenciar.

¡Oh! ¡á cuán triste precio habia comprado el débil apóstol la amargura de toda la vida!

LIBRO SÉPTIMO.

SIMON PEDRO Y JUDAS ISCARIOTE.

CAPITULO I.

Una conversacion.

Á duras penas habia Pedro logrado contener la esplosion de sus lágrimas y de su dolor, dentro del palacio de Caifás.

Habia llorado, es verdad; habia sentido herido su pecho por la punta acerada y desgarradora de su remordimiento; pero sus lágrimas y su amargura no fueron advertidas por nadie mas que por Jesucristo, que en mitad de sus congojas se olvidaba de sí propio, para no acordarse mas que de Pedro, á quien la debilidad condujera tal vez á la desesperacion, si no fuese por la inagotable misericordia del Redentor, que le llamó al arrepentimiento por medio de aquella mirada salvadora.

Simon Pedro sentia en su pecho un dolor tan grande como grande habia sido su culpa, y recordando su negra ingratitud, las lágrimas y los gemidos le parecian poca

cosa, para desahogar la inmensa pena que oprimia y devoraba su arrepentido corazón.

Con paso vacilante seguía sin rumbo fijo por una calle de Jerusalem. Quería llorar á su placer, y no sabía dónde encaminarse para hacerlo solo á la presencia de Dios que conocia la enormidad de su pecado, y lejos de los hombres que habian sido la causa de su negacion. Quería limpiar su alma de la falta que cometiera negando al Señor, y como esta falta era tan grande, necesitaba la soledad, necesitaba encerrarse consigo mismo y lejos del mundo, para que nada hubiera que viniese á distraer su llanto, aquel llanto reparador que limpiaba su alma ennegrecida; aquel llanto reparador, que á la vez que era su tormento y su muerte, era su consuelo y su vida.

Pedro se hallaba con razon aturdido y anonadado; se desconocia á sí mismo, y en el primer arrebato del dolor, y en la primera esplosion de su pena, no sabía dónde se encontraba, no sabía qué hacerse, no sabía sino gemir y llorar.

Y así vagaba errante por la calle de Sion, en donde se hallaba el palacio de Caifás.

La luna habia desaparecido del horizonte, y apenas el alba nueva empezaba á colorear el punto mas lejano del cielo, hacía la parte de oriente.

Jerusalén dormia, y un silencio general dominaba por do quier; silencio interrumpido tan solo por el estruendo de la casa de Caifás, y por el melancólico canto del buho soñoliento, que se despedia de la noche, en el acto que la luz crepuscular asomaba en las regiones de oriente.

Pedro, golpeando su pecho, decia:

— Negra está la noche, pero la cerrazon del cielo no puede compararse con la negra ingratitude del amigo que niega á su amigo. ¡Ojalá que la luz del dia no se levanta-

tara, hasta tanto que yo hubiese derramado lágrimas bastantes para lavar la mancha que ennegrece los dias de mi vida! ¡Ojalá que los rayos del sol no vinieran á visitar la tierra, mientras hubiese en el fondo de mi pecho una lágrima que derramar, y tuviese saetas el dolor para destrozar mi corazón cobarde! La claridad del dia hará mas horroroso mi pecado, y Pedro delincuente, Pedro el ingrato amigo, Pedro huirá de la luz, sepultaráse en las sombras, para no avergonzar con su presencia el rayo del sol que le alumbra.

¿Dónde está el antro de la tierra que sea capaz de recibir y abrigar mi iniquidad, como las entrañas de la madre reciben y abrigan el cuerpo informe de su hijo? ¿El sol no se desplomará sobre de mí, para librar á la tierra de la vergüenza de sostenerme? La luz ¿no se oscurecerá fatigada y llena de horror, viendo que ha de servir á los ojos del malvado? La cueva que me reciba, ¿no se estremecerá en presencia del amigo infame, y las entrañas de la tierra no temblarán de espanto? El espíritu de las tinieblas se confabulará con el espíritu de la destruccion, y dirán entre sí: «¿Acaso este no es mas perverso que nosotros?...» Y yo oiré los crujidos del universo, horrorizado al contemplar mi crimen; se conmoverán las entrañas del abismo, y las rocas de los antros sepultarán para siempre conmigo á mi pecado. Mi recuerdo perecerá de la memoria de los hombres, y solo la tierra conocerá el punto donde mis huesos dormirán el sueño del horror en las tinieblas eternas!... ¡Oh! quién me dijera al menos que esta espacion acabará por borrar el pecado de mi alma; quién me dijera al menos que algun dia lograré ver con mis ojos al amigo que hoy he negado, y yo bendeciría las entrañas de granito que me sirvieran de tumba; y yo bendijera la hora en que

el ángel de la muerte tocara mis ojos para decir á mi cuerpo: «¡Duerme en un lecho de polvo, y entra á vivir en la region de las tinieblas eternas!...»

Mis amigos huirán de mí con espanto, y no habrá en el mundo un corazón que se compadezca del ingrato Pedro. ¡Mi iniquidad da voces contra mí, y los ángeles se estremecen de horror contemplando mi pecado! ¿Habrá en el cielo y debajo del firmamento quien se apiade del miserable renegado? ¿Quién soy yo sino un poco de polvo corrompido, agitado por el soplo del infierno? ¡Miasma fétido de un pantano donde habita el espíritu de la muerte, traigo en mi alma el soplo de la desolacion, y los que oigan mis palabras temerán contaminarse! Con justicia el amigo me retirará su mano, y me señalará á los hombres para que se aparten de mí. ¿No soy yo el que ha blasfemado? ¿No soy yo el que ha negado al ser divino, que me distinguía con su amor entre los otros? ¿No soy yo el perjuro, el débil, el vil, que ha preferido el remordimiento á la muerte? ¿No soy yo el que ha tenido miedo á una mujer, no espantándose el considerar la enormidad del pecado que cometía? ¿No soy yo el que ha venido á conturbar el corazón de Jesús mi Salvador, con negaciones y palabras que han destrozado su divino pecho? ¡Oh! ¡ahora, aunque llore, los hombres no creerán en mi arrepentimiento, y ojalá que mi vida pasada en el llanto, logre volverme propicio en la hora de la muerte, el rostro del Dios que ofendí!

Esto decia Pedro, cuando sintió que las fuerzas le faltaban por causa del exceso del dolor, y pensando tal vez morir en aquella circunstancia, imploraba, no con los labios, porque no podia hablar, sino con el corazón arrepen- tido, la clemencia del Padre de las criaturas.

Y se arrimó á una pared para sostener su cuerpo vacilante, y ocultó con entrambas manos su rostro. Las sombras de la noche le parecian destellos insufribles, de miradas que contemplaban amargamente su pecado, y se pasmaban de la ingratitud del arrepentido apóstol.

Y de aquella manera gemia y sollozaba el pobre anciano, sin pensar mas que en la enormidad de su culpa, sin sentir otra cosa que la voz del implacable remordimiento, y apenas dándose cuenta del dolor que le angustiaba tan profundamente.

Algunos momentos despues, atrevesaba por entre las sombras de la calle un hombre que sollozaba tambien, pero los gemidos de aquel hombre no eran, como los del anciano apóstol, producidos por su pecado, sino por la compasion.

Cuando este personaje llegó junto á Pedro, advirtió los sollozos que daba el débil apóstol, y sintiéndose atraído hácia él por la misteriosa simpatía, que une irresistiblemente los corazones de los tristes, acercóse al pescador de Genezareth, y le dijo con voz conmovida:

— Alma que sufres y lloras, si necesitas compañeros que te ayuden á plañir tu dolor, ven conmigo, y te conduciré al lugar donde el infortunio bate sus alas tenebrosas.

Pedro alzó la cabeza, y con voz ronca balbuceó:

— ¿Y es posible que Dios se compadezca de mí de tal manera, que despues de mi pecado me mande almas bondadosas, para convidarme á llorar con ellas?

— ¡Pedro! — dijo el recién llegado reconociendo al débil apóstol.

— ¡Juan! — exclamó Pedro, haciendo un movimiento que denotaba las intenciones que tenia de evitar con la fuga la presencia de su amigo.

— ¡Oh! detente : ¿dónde vas, desgraciado? — balbuceó llorando el discípulo amado de Jesucristo, pues no era otro el interlocutor del anciano.

— ¿Dónde voy? ¿Sabes tú, Juan, dónde me arroja mi iniquidad? ¿Lo sé yo por ventura? Voy donde ojos de mortales no me vean; voy donde la luz del día no penetre nunca; voy á ocultar mi pecado en las sombras tenebrosas de la noche... voy al eterno olvido, y busco el camino que no encuentro. ¿Sabes tú, amigo mio, dónde está ese camino? Si lo sabes, yo te ruego por la amistad que un día nos profesábamos, yo te ruego por el amor del divino Ser que tan infamemente he negado, me digas dónde está ese camino, para que impulsado por el huracán de mi maldad, le recorra con vértigo hasta hallar las tinieblas palpables ó hasta encontrar la muerte.

— Pedro, amigo mio, — dijo Juan con voz blanda y enternecida; — tú deliras. ¿Dónde vas, infeliz? ¿Pretendes dar mayores proporciones á tu falta? ¿Desconfías de la misericordia del que ha venido á redimirnos, y despues de haber negado al divino Amigo, intentas afligirle mas desesperándote? ¿Qué haces, Pedro, qué haces?

Juan se arrojó á los brazos del apóstol débil, y le tuvo apretado tiernamente sobre su corazon.

Y los dos lloraban en silencio.

Pedro por fin dijo :

— Mi iniquidad no tiene límites; mi pecado es de una malicia incalculable! Juan, yo siento su voz dentro del pecho, y los gritos del remordimiento me aterran y anonadan. Oh Dios, á quien tanto he ofendido! yo no desespero de vuestra clemencia infinita, pero al considerar la enormidad de mi culpa, mi corazon se desgarrá, mi cabeza se desvanece, y por mis labios salen gritos de dolor, gritos

que vos sabeis, Dios mio, que no son de desesperacion. Si fuera posible que este dolor derritiera y consumiese mi existencia, como la torcida derrite y consume la cera de una vela; si esto fuera posible, esperaria el fin de mis dias llorando, y miraria acercarse el término de mi vida con placer. Ojalá que esta vida detestable la consumieran las lágrimas, y que cuando mi alma se remontase á tu presencia, para rendirte cuenta de mis iniquidades, el ángel de mi guarda llevase en sus manos la espiacion de Pedro.

Esto dijo el dolorido apóstol, elevando las manos temblorosas al cielo. Luego, volviéndose á Juan, prosiguió:

—Y tú, Juan, ¿no me miras con asco? ¿No te inspira horror este viejo inícuo y malvado? Yo soy el que he negado á mi divino Maestro; yo soy el que á sus negaciones ha añadido falsos juramentos; yo soy el que viendo tan atormentado y lleno de torturas al Amigo querido de nuestras almas, léjos de compadecerme de él, léjos de llorar sus martirios, he añadido un nuevo dolor á sus dolores, y mientras que los verdugos destrozaban su cuerpo, yo su amigo, yo el querido de su alma noble y generosa, convirtiéndome tambien en verdugo, destrozaba su corazon magnánimo; aquel corazon con el que nos ha querido tanto! Yo soy el que ha hecho eso, Juan, y el repugnante Pedro ¿no provoca tus desprecios y tus iras? Y léjos de rechazarme con horror, me abres tus brazos, me estrechas tiernamente en ellos, me diriges palabras de consuelo, y acompañas mis lágrimas con tus lágrimas, y mezclas tus gemidos con los míos?... ¡Oh! ¡cuán noble y generoso eres, Juan! ¡cuál se conoce la escuela divina en que has aprendido á seguir esa conducta! ¡Dichoso tú, que te has aprovechado de las doctrinas de nuestro Salvador, y ay de mí! que he

cometido la avilantez de negarle por temor á una muerte, cien veces menos dolorosa que la angustia que devora mis entrañas, angustia grande como el mar y el firmamento, y que acompañará sin cesar mi existencia, hasta que cansada de vivir y de llorar caiga en la tumba, para que el viento esparza mis cenizas, y no quede otra memoria de Pedro entre los hombres mas que la de su pecado.

— Pedro, modera, te ruego, tu escitacion: no quieras afligir mas mi espíritu, pues bastante angustiado se halla con lo que hemos visto, para que nuevas angustias vengan á dar á mi congoja mayores proporciones.

— Yo he pecado, y mi delito no merece perdon. Mi crimen es cien veces superior al de Cain; el fratricida mató á su hermano, y yo he despreciado á mi Dios, y he negado á mi Redentor!...

— No desesperes, pobre amigo mio, y si es verdad que tu pecado es grande, mayor es aun la misericordia del Altísimo; mayor que tu culpa es el amor que la pobre é inocente Víctima te profesa.

— ¡Oh! tus palabras levantan un eco dulce en mi corazon, y hacen que la esperanza asome en el horizonte de mi vida tenebrosa, como asoma la luz del alba en oriente. Ojalá que mi pecado no fuera tan grande, y aun me atreveria á implorar misericordia; aun levantaria las manos al cielo todos los dias, y regando con lágrimas mi lecho todas las noches, no cesaria de rogar y de gemir, hasta que Dios me hubiese perdonado.

Pedro ocultó su rostro entre sus manos, y ardientes suspiros se escapaban de su pecho, contristado y oprimido por el dolor.

Cuando los sollozos le dejaron hablar de nuevo, cual si tuviera necesidad de ampararse de algo para no desfalle-

cer, cogió entre las suyas una de las manos de Juan, y dijo:

— ¡Ah! Tú eres un corazon noble y generoso, Juan, y no te desdeñas de mirarme con ojos compasivos, y de verter en mi pecho el bálsamo del consuelo, con tus palabras llenas de interés y amor. Gracias, noble amigo, gracias, pero sabe que aunque soy tan culpable, soy tambien digno de la compasion que te inspiro. Yo amo con toda mi alma á Jesucristo; quisiera probarle este amor, derramando por él todas las gotas de mi sangre; preferiria no haber nacido y morar en las sombras del no ser, antes que haberle negado, pero yo no sé qué vértigo se apoderó de mí; yo no sé qué fuerza me tenia encadenado al maldito palacio de donde acabamos de salir; yo no sé qué debilidad era la mia, cuando ha bastado la voz de una mujer para obligarme á negar al que amaba tanto; yo no sé qué temor á la muerte y qué amor á la vida miserable que arrastro, fueron los que cegaron mi alma; yo no lo sé, Juan... un vértigo me dominaba; hablaba el miedo y no el corazon de Pedro; estaba loco cuando asegurando y jurando renegaba del Cristo Salvador... sí, estaba loco, porque cuando los soldados no me infundieron miedo en el huerto, aquí ha bastado una mujer para hacerme delinquir!... Oh Dios de misericordia, — exclamó elevando las manos suplicantes al cielo; — si mi pecado merece vuestra clemencia, yo me ofrezco voluntariamente al sacrificio para espiarlo; tened Vos compasion del alma cobarde del infortunado Pedro, y juzgadla con misericordia cuando se presente ante vuestro acatamiento.

— Sí, Pedro, amigo mio, sí; no dudes que la tendrá.

— Qué gran consuelo darias á mi alma, si esas palabras que de proferir acabas, te las hubiera inspirado el Señor?

— ¿Qué duda tiene? ¿Acaso no sufre el divino Maestro

para redimir á todos los pecadores? ¿Acaso tu pecado no se borra tambien con la preciosa sangre que vierte por nosotros? Ánimo, amigo mio; si Dios no hubiese querido redimir hasta á los mas criminales, ¿hubiera acaso descendido á la tierra, para que los hombres le diesen la espantosa muerte que le aguarda? ¿No le has oido decir á nuestro Cristo, que ha venido á buscar á los pecadores para hacerlos sus amigos? ¿Por qué dudas, pues? ¿Por qué la desconfianza se apodera de tu alma, y mientras que lloras tu crimen, por qué no viertes sobre él el licor de tus lágrimas, para que sean la espiacion de tu culpa?

—Juan; ¿por qué no escuché las palabras que me dirigiste, cuando tratabas de disuadirme para que no entrara en la casa maldita de Caifás? Entonces una vana curiosidad me arrastraba; preferí oír antes que tu voz la voz de mis vanidades, y no es extraño que una mujer me hiciera delinquir, cuando me hallaba animado solo por la curiosidad indiscreta, que es el vicio de las mujeres. ¡Ah! ¿por qué no escuché tu consejo? Ahora tranquilo no sentiria los gritos de mi conciencia que me acusa, y aun cuando con el corazon desgarrado por los martirios de mi Cristo, no hubiera de bajar mi frente humillada, porque no ennegreceria mi alma el pecado repugnante que la ennegrece y afea... Y mi espíritu lleno de dolor, pero sosegado, lloraria por la ingratitud de los hombres, pero no lloraria por mi iniquidad, de la cual no sé si Dios me perdonará.

—¡Oh! sí, sí, Pedro, amigo mio, te perdonará; yo no lo dudo; te ha perdonado ya en vista de tu dolor.

—Juan; ¿por qué esas palabras consoladoras no me las dirigen unos labios mas autorizados que los tuyos? ¿Por qué no viene á tranquilizar mi alma una voz mas poderosa que la de un amigo? Si supiese que Dios me perdonará tan

grande iniquidad, ¿qué me importaria sufrir largos y dolorosos padecimientos durante todos los dias de mi vida? ¿Qué me importaria agonizar todo un siglo, si por último tuviese la certeza de ver una sonrisa de perdon en los labios de mi Cristo, á la hora de mi muerte?

—La verás, Pedro, no lo dudes; la verás... Y no solo en la hora de la muerte, sino antes de ella; el corazon me lo dice, y no creo que me engañe.

Y luego cogiendo la mano del afligido discípulo, con voz mas blanda y tierna prosiguió:

—Tú deseas oír de labios mas autorizados que los de tu amigo, lo que Juan acaba de decirte; pues bien, Pedro, ven conmigo, y yo te presentaré al ser que puede repetirte lo que yo te he dicho, sin dejar en tu corazon el menor asomo de duda.

—¡Seria una dicha inmensa para mí, y yo no merezco esa dicha; yo solo merezco palabras duras, sangrientas acriminaciones, humillaciones y desprecios que me hagan espiar mi pecado!...

—Tú recibirás esa dicha, y tú te retirarás de la presencia del ser de quien te hablo, llena el alma de lágrimas, pero llevando la paz en el fondo del corazon.

—¿Quién es ese ser bendito?

—¡Ah! ¿tan olvidadizo eres, amigo mio? Existe un corazon que mientras no hay nadie que pueda mitigar sus pesares, no piensa mas que en derramar el bálsamo del consuelo en los pechos de los que lloran. No hay en la tierra nadie que se le parezca; sus palabras curan las heridas del alma, y su bondad no puede la lengua encarcelarla. Es la existencia que mas ha sufrido, que mas ha llorado, que mas ha amado, y mientras que á nadie revela sus dolores y sus congojas, no ve á un triste que no sienta

por él la mas irresistible simpatía, no ve á un desgraciado por el cual no se interese su alma generosa, y no se le acerca ningun ser infortunado, que despues de haberla oido, no lleve la paz y la mas dulce tranquilidad en el fondo del pecho... Ese ser misterioso, ese paño de lágrimas del triste, te repetirá lo que yo te he dicho, Pedro, y aunque sufre ahora lo que es imponderable, no se acordará de sus dolores, para poder mitigar las angustias que dilaceran tu alma... ¿No conoces ahora á ese ser bendito, que tantas veces has admirado derramando lágrimas de ternura y de entusiasmo? Tú la has aclamado muchas veces por Madre de los tristes; ¿piensas que rehusará al desconsolado Pedro, los tesoros de consuelo que se encierran en el fondo de su inmaculado pecho, como en un manantial inagotable?

—¡María! — exclamó el anciano cayendo de rodillas y elevando las manos y los ojos al cielo.

—Sí, María, nuestra tierna Madre; María la mas infortunada y la mas dulce de todas las mujeres... esa María será la que repita al arrepentido Pedro las palabras que Juan ha murmurado á su oido. Su pecho es como el de la paloma, no tiene hiel, y sus labios no pronuncian mas que palabras de amor y de misericordia.

—¡Oh! ¡sí, sí! María; — exclamó Pedro levantándose; — María, tú eres mi esperanza. No es extraño que el ingrato para con tu Hijo, haya podido ser tambien ingrato contigo olvidándote... ¡María! deja que repita tu nombre dulcísimo; deja que lo diga una y mil veces; deja que los labios del pecador lo pronuncien, porque nombrándote tan solo, el oscuro horizonte de mi vida se esclarece, y aun se me figura ver risueño para con el ingrato Pedro, el rostro del Dios á quien he ofendido... María, yo voy á tí para confesar mi iniquidad postrado á tus plantas; para llorar

ante tus ojos mi pecado, y cuando de tus labios purísimos habrá salido una palabra de perdon, entonces el alma del desgraciado Pedro respirará tranquila. ¡María! ¡María! Tú eres toda mi esperanza, no me arrojes de tu presencia con indignacion; no tengas en cuenta mi enorme culpa, sino tu misericordia y la intensidad de mi dolor.

—Pedro, me estás volviendo la vida, porque me dabas miedo.

—Vamos, vamos, Juan; condúceme á su presencia, y sé tú el mediador entre ella y el culpable é ingrato apóstol.

Y los dos encaminaron sus pasos hácia la casa de Marcos, donde sabemos que se hallaba la desdichada Madre, sumergida en el abismo de sus dolorosas consideraciones, y esperando la vuelta del discípulo amado, á quien llamaba su hijo, y en la persona del cual debia prohiar á toda la humanidad.

Los dos apóstoles iban sumergidos en amarguísimas consideraciones tambien, pero ¡cuán distintos eran los motivos de su dolor!

Y llegaron, por fin, al palacio de Marcos. Pedro seguia á Juan tembloroso y vacilante, bien así como el criminal que va á ser introducido á la presencia del juez, que debe dictar para él la sentencia de vida ó muerte.

CAPITULO II.

La Madre de los pecadores.

La Madre de Dios se hallaba rodeada de sus fieles y desinteresadas amigas, que habian formado la resolucion de no abandonarla nunca.